



# Asunto NM

M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón



**ASUNTO NM**

**Primera edición digital:** julio 2020

**ISBN:** 978-2-490290-43-7

**Autora:** M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón

**Fotoilustración:** Ligeia Eterna (encuadresdeligeiaeterna.jimdo.com)

**Prólogo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



## **ASUNTO NM**

**M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón**

# Prólogo

EL VAMPIRO ES LA BESTIA NEGRA de todo editor de terror aficionado al género. O, al menos, de aquellos apasionados por los monstruos. No en vano, es quizás el más popular de todo el panteón y, a excepción del zombi en los últimos tiempos (otro no-muerto), el más explotado con diferencia por el cine y la literatura. Da la impresión de que todo lo que se podía decir sobre él ya se ha dicho, sobre todo cuando llevas años sumergiéndote en esta parte oscura del acervo cultural que es el género fosco, y llega un momento en el que terminas por distanciarte de él por la falta de sorpresas, lo absurdo de estas cuando llegan o por temor a quedarte anclado en una nostalgia deformadora. Y es que, a fin de cuentas, no podemos estar siempre volviendo a *Dracula*, *Carmilla* y compañía. O, al menos, no de la misma forma.

Porque, claro, en un momento u otro vas a hacerlo. ¿Cómo no hacerlo cuando es una criatura que nos ha suscitado tantas pasiones? Intentemos verlo desde una óptica más fría: en Saco de huesos llevamos diez años dando guerra, durante los cuales he perdido la cuenta de cuántos manuscritos dedicados a los vampiros hemos recibido. En solitario, solo una novela, *Tres motivos para morir en Madrid*, de **Eduardo Vaquerizo**, nos apasionó lo suficiente para publicarla en nuestra colección **A sangre**. En antologías varias, por supuesto, han ido llegando con cuentagotas relatos que merecían la pena, que conseguían conjugar estilo propio, una visión privilegiada del clásico e ideas sugerentes para justificar darle una nueva (no)vida. Incluso nuestro **Bestiario de lo Sobrenatural** abrió con un volumen dedicado a los vampiros: *La sombra de Polidori*; valga como muestra de nuestra pasión por este monstruo y de la importancia que le damos. No es gran cosa, si se mira en perspectiva, pero es que el reto es importante, lo suficiente para hacerte desesperar.

Entonces te encuentras con *Asunto NM*. Yo ya conocía el trabajo de **M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón** de su paso por Grupo AJEC y también a la autora en persona de alguna Hispacón en la que habíamos coincidido. Había podido vislumbrar su cultura personal, su conocimiento de la

literatura y su pasión por la misma y lo pertinente de sus apreciaciones y reflexiones. Así que abordé la lectura del manuscrito con una inevitable mezcla de confianza, expectación y temor porque, francamente, terminamos rechazando muchas obras, incluidas algunas de valía, y es que los editores somos también lectores, con nuestras filias y nuestras fobias, y la magia de la literatura incluye la necesidad de una alquimia que no siempre se da. Y, claro, en lo que a vampiros se refiere...

En esta ocasión, como ya es más que evidente, mi instinto inicial no me falló. Desde los primeros compases de «Sangre ácida» me encontré mesmerizado. Para mí, el monstruo es un símbolo, un arquetipo, un espejo deformante que sirve para mirarnos en él, nosotras, las personas de carne y hueso, y sin ese anclaje con la realidad, tienen poco sentido más allá de la mera estética. Puedo entender el peso de **Stoker** en la creación del mito y la nostalgia por los escenarios decimonónicos, que yo mismo como autor utilizo a menudo, pero no podemos permitirnos que queden en un escenario de cartón-piedra. No siempre. Por eso, la viveza de los personajes de *Asunto NM*, su transposición a nuestra realidad actual, fue lo primero que me enganchó. Aquellos eran seres reales, la auténtica materia del género fosco.

Con el tema policial tenía más dudas por eso que decía de las filias y fobias personales. Me resulta un terreno resbaladizo, aunque me guste, un poco como me pasa con la ciencia ficción: que no sé si tengo la capacidad para captar todos los matices. Pero entonces pasé a la lectura de «Un diente de ajo» y volví a caer en el influjo mesmérico de la autora.

Es tentador pensar que la literatura es una cuestión de ritmo, un poco de espectáculo y una concatenación de acantilados a los que agarrarse, y está claro que estos son elementos que no pueden hacer mal. Pero, por sí solos, son los ingredientes de una receta básica válida, tan solo, para pasapáginas. En un sello como el nuestro, donde haces lo que haces por amor al arte para otros amantes del arte, vas buscando algo más, ese elemento mágico que hará que no olvides el libro que tienes entre las manos una vez lo hayas cerrado. Más aún cuando la cosa va de vampiros, claro.

*Asunto NM* lo tiene. No pienso diseccionarlo porque la literatura es también sorpresa, qué demonios, pero no puedo terminar esta confesión introductoria sin hablar de cómo la autora ha sabido jugar con el contexto histórico y geográfico con una habilidad que me ha recordado a *La ciudad de los prodigios* de **Eduardo Mendoza** o de su capacidad para combinar

varios registros dentro de un mismo tono argumental, que es, ni más ni menos, la cualidad definitoria del género fosco: sí, sus raíces están en el terror, pero las facetas del mismo y las posibilidades a la hora de abordarlo son numerosas. La calidad de la prosa tampoco fue ninguna sorpresa para mí, aunque la querencia por la lengua sea algo que, lamentablemente, se esté perdiendo en estos tiempos de prisas y consumo: conocía la trayectoria de **M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón** y sus trabajos de primera mano. Con lo que no contaba al principio, y fue la guinda del pastel, fue la estructura.

Porque las historias se pueden contar de muchas maneras, se pueden desarrollar con esos modelos de sota, caballo y rey que ya sabemos que cumplen lo esperado, y también se pueden llevar más allá, darles una forma inesperada, memorable, original dentro de los márgenes abrumadores de todo lo que ya se ha escrito. En manos del autor está invitarnos a mirar su narración desde una perspectiva diferente, a través del ojo de la cerradura de una puerta que aún no se ha abierto o desde la cercanía de un clásico perdido en los nuevos tiempos que corren. Cuando hablamos de algo tan querido y revisitado como son los vampiros, se trata de un asunto importante, sin duda.

Juan Ángel Laguna Edroso  
Eyriac, mayo 2019

*La cantidad de alimento para cada especie señala naturalmente un límite extremo a que cada especie puede llegar; pero con mucha frecuencia lo que determina el promedio numérico de una especie no es el obtener alimento, sino el servir de presa a otros animales.*

Charles Darwin, *El origen de las especies*

# Sangre ácida

SELECCIONÓ CUIDADOSAMENTE A SU VÍCTIMA entre las últimas personas que salían del centro comercial. Solo un atávico rasgo de glotonería explicaba su elección de la joven gordita que tapaba su uniforme de taquillera del cine con un plumífero desgastado. Se notaba su incomodidad por andar por la calle a horas tan tardías y él se regocijó un poco más ante aquel detalle que añadía un nuevo aliciente a su caza. La chica apuraba el paso hasta el límite mismo de la carrera desenfundada y paraba de vez en cuando para rascarse con furia el cuello, como si una cuadrilla de chinches estuviese dando cuenta de él. Decidió aprovechar una de esas interrupciones en la marcha para el asalto y, con la rapidez elegante que le confería medio siglo de práctica y en los escasos segundos antes de que la infortunada pudiese percatarse del horror que le estaba pasando, la atrapó, la apartó de la calle a un rincón entre los contenedores, seccionó su cuello con una habilidad adquirida en cientos de ocasiones similares, aplicó su boca al mismo origen de la horripilante fuente roja, bebió su sangre con gula y la arrojó como un desecho más entre aquellos recipientes a ellos destinados.

Se alejó con calma del sitio que los vivos clasificarían como lugar del crimen, amparándose en las sombras de la noche que tan bien sabía utilizar. Había calmado su hambre por ese día y la perfecta máquina depredadora en que se había convertido prometía que su ansia se vería aplacada cuantas veces hiciera falta. La chica no había podido resistirse y solo el sarpullido que rodeaba su cuello como una repugnante gargantilla habría podido frenar su ataque, si aún conservase alguno de sus rasgos que tantísimos años atrás habían conformado su personalidad humana, antaño tan escrupulosa; pero, como se ha dicho, hacía demasiado tiempo que no pertenecía a los humanos, por eso no fue capaz de identificar aquella sensación extraña que se instaló en su garganta y que otro cualquiera hubiera clasificado sin dudar como un ahogamiento. Al fin y al cabo, esa angustia no puede existir en quien ya no necesita respirar. Como tampoco puede exigirse a un ser como él, muerto un montón de décadas atrás, que

reconociese todos y cada uno de los síntomas de la agonía que lo invadieron y que ya no le correspondían en absoluto debido a esa vieja situación de falta de vida. El último pensamiento que cruzó su mente antes de caer literalmente fundido fue que en esa ocasión sí que iba a pasar a la inexistencia total que su primera muerte no le había traído.

El hijo pequeño de Elisa sufría una molesta infección de oído y luchaba contra ese novedoso y lacerante dolor presionando la zona afectada con sus puñitos y también con una llantina continua que a ella le había impedido pegar ojo hasta por lo menos las cuatro de la madrugada. El móvil había sonado solo tres cuartos de hora después de tan esperado momento, así que condujo hasta allí y atendió la explicación de los agentes con la lejanía absorta de la falta de sueño.

–Buenas noches, inspectora Valdanes –había saludado el joven del cordón policial que educadamente se lo había levantado para que pudiese pasar sin casi agacharse y del que Elisa ni intentó recordar su nombre y grado, pues bastante tenía con mantenerse despierta y en pie. Al lado del cuerpo tapado con una manta y del equipo forense esperaba su compañero Cavallero, también con ojos de sueño pero con un aspecto decididamente más despierto.

–...*Nasnoches*, Cava –lo saludó Elisa por el diminutivo que solo unas cuantas privilegiadas tenían derecho a emplear, deseando en su interior que hubiese tomado sus propias conclusiones y pudiese regresar pronto a casa para dormir un poco más antes de levantar al hijo mayor y llevarlo al colegio–, ¿qué tenemos?

–Una chica, empleada cines centro comercial, degollada –contestó él con su habitual estilo telegráfico.

–¿Como el caso del año pasado?

–Sí, más o menos. La encontró el mendigo –continuó Cavallero señalando con el índice un hombre de aspecto desaliñado, acoquinado en una ambulancia–. Está en estado de shock, pero quiero llevarlo a comisaría y hacerle unas cuantas preguntas cuando se recupere un poco.

–Vale –aceptó Elisa, esperanzada ante su iniciativa–. Entonces, ¿te ocupas tú de momento? –aventuró.

–No me importaría, pero es que aún hay más.

–¿Más?

–Ven –ordenó, y echó a andar con las enormes zancadas que a Elisa

tanto le costaba seguir. Avanzaron unos doscientos metros girando un par de veces por las calles adyacentes hasta llegar donde esperaba otro grupo de policías y forenses alrededor de algo.

—¿Qué es? —preguntó Elisa.

—Un municipal lo encontró hace un rato. Nunca había visto nada igual.

Enseguida comprendió su perplejidad: los agentes rodeaban hipnotizados unas ropas sucias y muy usadas tendidas como si alguien aún las estuviese vistiendo y de las que parecía desparramarse carne fundida por las mangas y el cuello, como si el individuo que las ocupaba se hubiese derretido dentro de ellas. Era un espectáculo tan desagradable que al final uno de los policías salió corriendo a vomitar en una esquina, pero Elisa estaba demasiado cansada para dejar que la náusea la venciese—. Nunca había visto nada igual —repitió su compañero, y ella comprendió que le esperaba una larguísima jornada de trabajo.

—Tendré que llamar a mi marido para que lleve al niño al colegio —determinó, hastiada de antemano de la sarta de quejas que su cónyuge repetiría ante el encargo. Casi le parecía más insoportable que la contemplación de aquel horror del suelo.

Davinia tenía un dolor de espalda enorme y un mal humor mayor, sin contar que la llamada de su madre sobre la nueva batería de pruebas médicas de su padre, en las que no podría estar presente, había acabado por frustrarla. Recogió sus cosas de la mesa con movimientos bruscos y sus gafas fueron a parar al suelo, fruto de esa furia mal contenida.

—Mierda —masculló al oír el inconfundible sonido del cristal quebrado. Se agachó con dificultad para comprobar que su vieja montura no había aguantado el embate, por lo que su sesión de trabajo quedaba definitivamente suspendida por ese día—. Otro gasto más, unas gafas nuevas —resumió alcanzando nuevas marcas de hostilidad.

Acabó de guardar todo en su mochila y, tras colocarse de cualquier manera la chaqueta y la bufanda, salió al frío de la noche maldiciendo el servicio de autobuses que la obligaba a andar varias calles para llegar a la primera parada en funcionamiento. Apuró el paso cuanto pudo, pero el cansancio y el dolor la frenaban y debió conformarse con ver cómo se alejaba su transporte—. Mierda, mierda y mierda —repitió ante la larga media hora de espera que le tocaría al relente, encima, con la compañía molesta de un apetito resultado del pobre almuerzo de una simple

ensalada en la cafetería en un tiempo récord de cinco minutos. Sacó la revista que llevaba para siquiera hojearla, toda vez que las demás posibilidades con la misma habían quedado eliminadas con su accidente en el laboratorio.

—¿Trabajas allí? —oyó a su espalda. Contestó afirmativamente de forma refleja a tan genérica pregunta antes de sentir la lacerante punzada en el cuello y la humedad pegajosa en la lana del jersey. Sus manos se aflojaron y la revista cayó abandonada. Davinia apenas notó que era cargada a hombros por alguien sin mayor esfuerzo. Vio de un modo borroso cómo era alejada de la marquesina donde esperaba entre el frío y viento de la noche, cada vez menos importantes para ella.

—El peque sigue con fiebre —masculló el marido de Elisa por todo saludo, y esta tuvo que contener el insulto que le apetecía proferir.

—Pues ponle las gotas que le dio el pediatra, hombre —acabó por contestar.

—Habría que llevarlo al médico de nuevo. Yo no puedo.

—Venga ya, bien puedes perder media mañana. Ahora me es imposible salir —protestó ella iniciando el aburrido rifirrafe verbal que solían traerse hasta decidir finalmente y una vez más que llamarían a la abuela paterna, siempre dispuesta a echar una mano después pasárselo por las narices a su desnaturalizada nuera. Elisa desconectó el móvil presa de una rabia difícilmente contenible y regresó a su mesa. Debía de mantener un gesto lo suficiente hosco que evitó cualquier posible comentario irónico tan habitual en su colega.

—Novedades, compañera —dijo este en cambio.

—¿Sí?, ¿qué pasa?

—Que las autopsias se van a hacer en Madrid. Ha llegado orden de que se lleven los cuerpos para allá y que pasemos lo que tenemos a un equipo que viene dentro de un rato, en el primer avión de la mañana.

—¿O sea que no hace falta que nos ocupemos?

—Eso parece —confirmó Cavallero—. Solo hay que ir a buscar al aeropuerto a un tal Víctor Chinarro y su colega y ponerlos en antecedentes. En una o dos horas se arregla.

—Genial, aún me da tiempo a llevar al ambulatorio al crío —exclamó sin querer, pero la mirada de comprensión de su compañero le indicó que era un asunto que podía dar por finiquitado—, ¿te encargas tú? —preguntó sin

embargo humildemente.

–Claro que sí, mujer. Anda, vete.

Elisa salió al galope, pero parecía que ese estaba destinado a ser el día de los proyectos frustrados. En el hall esperaba Brígida, alias Brigitte.

–Hola, doña Elisa, quería hablar con usted –dijo con su habitual voz gangosa.

–Pero yo ahora debo marchar –protestó maldiciendo el día en que se había mostrado tan bondadosa en la redada del puticlub de la Nacional.

–Ya se lo expliqué, pero no quiere hablar con nadie más que con usted –confirmó el del mostrador de recepción. En un rápido cálculo de posibilidades, Elisa concluyó que sería más eficaz escucharla un par de minutos y luego pasarle el asunto al primer incauto o incauta que atrapase por el pasillo. Agarró a la mujer por el brazo y la introdujo casi a empujones en la vacía sala de reuniones de la planta.

–Pues tú me dirás –la animó, pero la otra, para su desesperación, empezó a llorar desconsoladamente, lo que supondría un retraso adicional de varios minutos. Brígida/Brigitte todavía hipó y suspiró unas cuantas veces antes de recuperar su capacidad discursiva.

–Se trata de Juani, una compañera de piso: ha desaparecido.

–¿Desaparecido?, ¿desde cuándo?

–Desde ayer noche –concretó.

–Pero si falta desde ayer noche, es todavía pronto para hablar de desaparición –corrigió Elisa aliviada.

–Ni hablar, algo le ha pasado. Estoy segura. Tiene a su hijo en casa.

–Entonces, quizás... –apuntó Elisa con una idea maliciosa.

–¿Qué dice usted? –protestó horrorizada Brígida/Brigitte–. Para Juani, su hijo es lo más importante del mundo, si hasta ha preferido traerlo de casa de los abuelos porque no soportaba verlo solo un par de veces al mes. Quiere dejar esto, va a dejar esto –concluyó dando por perfectamente sobreentendida su actividad laboral–. Empieza a limpiar unas oficinas en unos días. De verdad que es muy raro que no haya aparecido por casa.

–Puede que haya tenido algún tipo de accidente –concedió Elisa.

–Fui a urgencias. Allí no estuvo.

–Chica, pues no sé –se rindió–. Puedes presentar una denuncia, si crees que es lo mejor –la mujer pareció vacilar ante una propuesta tan seria–. ¿Has llamado a sus amigos o preguntado por ahí?

–También lo hice. Nadie sabe nada.

–Vamos a hacer una cosa entonces –propuso–: vuelve a tu casa y espera un rato. Puedes aprovechar para hacer unas cuantas llamadas más, seguro que te has olvidado de preguntarle a alguien. Si a la tarde sigue sin aparecer, llama y pregunta por Asun Catalá, ella seguro que te podrá ayudar mejor que yo.

Aquella compañera era objeto de burlas por su buenismo y lánguida disposición a ayudar a cuanto miembro del lumpen pidiese protección, y el resto de la comisaría, Elisa la primera, no dudaba en aprovecharse de tal rasgo de su carácter. Bastaría con avisarla más tarde y explicarle la situación a grandes rasgos.

–Está bien –aceptó la prostituta a regañadientes.

–Quedamos así entonces. Yo ahora me tengo que marchar volando.

Elisa corrió al ascensor que llevaba al garaje, pero el artefacto, una vez más, parecía tomarse su trabajo de ascensos y descensos con la cachaza propia de otros funcionarios del edificio. Optó entonces por bajar por las escaleras y el primer y segundo tramo se cubrieron sin problemas, a buen ritmo y con la ajustada velocidad a prueba de caídas. Como las desgracias nunca vienen solas, en el tercero casi arrolla a Núñez, quien con sus ciento y pico kilos acomodados en su eterno trabajo de oficina taponaba todo el espacio entre la pared y los pasamanos, impidiéndole cualquier adelantamiento. Elisa le pidió, primero en un susurro, luego con una voz próxima al grito que la dejase pasar, pero aquel oficinista iba abducido por lo que su interlocutor le iba contando por el móvil.

–Es increíble, te estás quedando conmigo –repetía Núñez una y otra vez ante la información que le estaban pasando–, eso no puede ser.

–Por el amor de Dios, Manolo, llevo mucha prisa –bramó directamente Elisa, dejando asombrado a su compañero, quien –por fin y tras un «llámame después», apagó su teléfono y se colocó de lado–. Gracias, perdona –masculló avergonzada de su tono anterior.

–Por cierto, Elisa –dijo Núñez.

–¿Qué pasa?

–¿Ya sabes lo de esa taquillera degollada? Es una verdadera pasada. Oye –se interrumpió–, ¿Cavallero y tú no llevabais ese caso?

–No, ya no. ¿Qué pasó? –preguntó con curiosidad.

–Acaba de llamarme un amigo del depósito. Dice que el cadáver de esa pobre chica se cayó al suelo descompuesto.

–Menudos torpes –protestó.

- Pues allí están todos histéricos.  
–No me extraña. Menuda metedura de pata.  
–Que va, dicen que es imposible eso, que alguien tuvo que entrar y manipular el cuerpo.  
–Seguro. Todo sea escurrir el bulto, por supuesto.  
–Oye, que mi colega es un tío muy serio. No creo que vaya por ahí la cosa.  
–De acuerdo. Mira, que me tengo que ir corriendo. Hasta luego.

Davinia abrió los ojos en una estancia que le sonaba sobremanera. Recordaba entre brumas el ataque y entre otras brumas aún más espesas su salida del laboratorio y el trabajo de aquella tarde. Asombrosamente, se encontraba muy bien. No le dolía la espalda y sus ojos no aguantaban las habituales puñaladas de su vista cansada. Si no fuera por su hambre violenta, hubiera podido asegurar que nunca se había sentido mejor en su vida.

–¿Estás bien? –oyó a su lado. Una joven con la vestimenta propia de las prostitutas del Barrio Chino se inclinaba sobre ella para comprobar su estado. Davinia tuvo una sensación muy extraña cuando reconoció sus formas, pero prefirió centrar sus esfuerzos en incorporarse e identificar el entorno.

–Estoy perfectamente, ¿qué ha pasado? –preguntó, y comprobó con curiosidad científica cómo el terror en aquellos ojos podía intensificarse a potencias elevadas.

–Ese hombre te trajo, el mismo que me cogió a mí en la calle –explicó con voz entrecortada–. Me raptó ayer por la noche, cuando volvía a casa.

–Como a mí –añadió Davinia–. Joder, me muero de hambre –exclamó sorprendida de su comentario, tan poco apropiado al hipotético momento de angustia.

–Hace un rato me dejó unos bocadillos. Están ahí, sobre esa mesa –indicó la joven.

Davinia se abalanzó sobre ellos, pero comprobó extrañada que no le apetecían en absoluto, como si para calmar su apetito se hubiesen limitado a ofrecerle algo tan poco apropiado como un puñado de tuercas.

–No los quiero –masculló con desilusión.

–¿No decías que tenías hambre? –preguntó la otra mientras se rascaba sin ninguna discreción una urticaria del cuello. Por deformación

profesional, Davinia pensó que aquellas marcas tenían todas las características de una reacción alérgica, pero no pudo ahondar más en su teoría ya que su siguiente movimiento fue el de abalanzarse sobre su horrorizada compañera de secuestro con una violencia desconocida. De súbito, una sombra surgida de no sabía dónde se interpuso en su camino y la placó con eficacia.

—De momento, no. Aún tienes cosas que hacer —ordenó la sombra, y Davinia reconoció el timbre de voz de quien en la parada del autobús le había preguntado por su lugar de trabajo.

Al hijo pequeño de Elisa ya le espantaba todo lo que tuviese que ver con médicos y, con sus escasos diez meses de vida, reconocía a la perfección la traicionera sala de espera de su pediatra, taimadamente adornada con peluches e ilustraciones de Disney, así que cuando vio a su madre acomodar su sillita cerca de la entrada de la consulta, expresó su viva protesta con unos enérgicos lloros que bien se podían escuchar en el otro extremo de la calle.

—Vamos, pequeñín, ¿qué te pasa? —masculló Elisa sin fuerzas y el hijo respondió con una llantina más intensa—. Vamos, cálmate —suplicó sin resultados. Su móvil vino a añadirse a la algarada con el tono chillón con el que había diferenciado los números de la familia. El resto de la sala de espera la miró con desaprobación.

—¿Qué quieres, mamá? —contestó avergonzada—. Estoy en el médico, mejor te llamo después.

—Ay, hija, espera un poco. Ha ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado? ¿Es papá?

—No, qué va. Tu padre y yo estamos bien. Se trata de tu prima.

—¿De Davi? —se cercioró—. ¿Y qué le ha pasado a esa loca?

—Ay, no hables así —ordenó su madre, y Elisa se arrepintió un poco de su comentario, pues aún no sabía lo sucedido—. Tus tíos están preocupadísimos.

—Pero, ¿qué ha pasado entonces?

—Que ha desaparecido, hija, y no saben qué hacer.

—¿Desaparecido?

—Llevan llamándola desde ayer por la noche y no contesta.

—Bueno, mamá, pero por eso no puedes decir que ha desaparecido.

—¿Cómo que no se puede decir que ha desaparecido? —protestó

indignada la madre—. Bien sabes lo formal y responsable que es Davinia: de casa al trabajo y del trabajo a casa.

—Vale, mamá —claudicó sin ganas de rebatir una afirmación tan desmontable con ejemplos como el inapropiado peinado de rastas en toda una treintañera y los correspondientes comportamientos extravagantes que el mismo indicaba—. ¿Han probado a llamar al trabajo?

—Pues claro, es lo primero que han hecho.

—Me refiero a insistir —rectificó Elisa—. En ese sitio, por lo que comentaba en Navidades, son una panda de despistados. Quizás está en algún despacho y...

—Pero, hija, ¿te crees que tus tíos son tontos o qué? Claro que insistieron, incluso llamaron al móvil de algún compañero de trabajo que conocían.

—¿Y?

—Dicen que marchó a última hora de ayer y que ya no la han vuelto a ver. De hecho, la habían llamado un par de veces porque también les preocupaba que faltase sin avisar.

—Bueno, mamá —se rindió—, quizás sea mejor entonces que los tíos se acerquen hasta la Guardia Civil y pongan una denuncia.

—¿Cómo? ¿Entonces tú no vas a hacer nada? —saltó indignada. Desde la puerta de la consulta, una enfermera aburrída le hacía señas para que pasase—. Menuda policía estás hecha.

—Mamá, ahora tengo que colgar, y poco puedo hacer en estos momentos. Además, eso es competencia de la Guardia Civil. Te llamo después, ¿vale?

—Sí, hija, sí. Escurre el bulto con las cosas importantes, como siempre.

Elisa desconectó con un injusto sentido de culpa. Su hijo la miraba desde la sillita con gesto de súplica, pero ella la empujó con decisión frente al médico. Este le preguntó qué pasaba y dio una explicación inconexa sobre fiebre alta y noche en vela.

—Parece infección. Debería haber venido antes —concluyó el doctor con una voz cargada de reproche. Elisa se sintió entonces la peor madre del mundo—. Dele estas gotas más fuertes tres veces al día y, si en 48 horas no mejora, habrá que llevarlo al especialista.

—¿Es grave entonces? —preguntó preocupada, atenta a la más ínfima indicación terapéutica que le permitiese aliviar lo que ella ya calificaba como su más abyecta negligencia.

—Bueno, en principio, no tiene por qué serlo —la tranquilizó el médico—.

Hay circulando una mutación de la gripe que afecta particularmente a los críos de la edad del suyo. Oídos y senos nasales, sobre todo.

–¿Lo puedo vacunar? –saltó Elisa, como si eso fuese el remedio infalible –. Bueno, el pequeñín tiene algunas alergias a los inyectables, pero...

–Ahora no le haría bien.

–Ah, vaya –masculló Elisa decepcionada.

–Ya sabe, las gotas, tres veces al día y, si no mejora, al especialista – concluyó el doctor–. Ah, y que no coja ningún frío, así que rápido a casita. Adiós.

Elisa salió empujando el carrito con lentitud, como si pesase varias toneladas. Precisamente, ese día no venía la señora Lourdes y su suegra no podía ocuparse del nieto a tiempo completo pues, como le había informado con un clarividente SMS llegado durante la espera de su turno: «excursión con la asoc.», refiriéndose con ello a la asociación de viudas de cuya junta directiva incluso formaba parte, sin contar con que, ya de antemano, sabía de la negativa ofendida del marido a cumplir con un encargo de esas características, así que, enfadada, cogió el móvil y marcó uno de los números archivados en pulsación rápida.

–Dime –contestó Cavallero.

–Oye, que hoy me tengo que quedar con el pequeño, que no tengo a nadie que lo haga, ¿se notará mucho que falte por ahí?

–Chica, no sé –contestó con cansancio–, ya he estado con esos tipos de Madrid y les he explicado todo. Menudos capullos, me han ninguneado todo lo que han querido y más. Ni recién entrado en la academia me habían tratado así –protestó.

–¿Qué ha pasado?

–Joder, que poco menos me han dado a entender que nos olvidemos del asunto, como si simplemente hubiésemos pasado por allí. Que no hace falta que redactemos el informe previo porque es algo demasiado complejo a nivel forense y es mejor que todo el proceso quede en manos de ese personal especializado, que ya después se nos pasarán unos papeles a firmar y punto. El caso es que fui a quejarme al jefe y vino a decirme que hiciese lo que me habían dicho y que me callase la boquita.

La capa de pensamientos operativos de Elisa se alegró fundamentalmente ante la noticia: se libraba de la redacción del informe preliminar y otros papeleos todavía pendientes, ergo, podía ocuparse del hijo en casa sin cargo de conciencia por el trabajo abandonado. Pero, por

otro lado, la capa subyacente de pensamientos solidarios se removió presa de la indignación: había sido su trabajo, de su compañero Cavallero y de ella (más del primero en un 90%, por lo menos), y no tenían ningún derecho a menospreciarlo de esa manera porque, al final, también la estaban menospreciando a ella.

–Pero, ¿qué se habrán creído esos tipos? Ahora mismo voy a hablar con ellos, no faltaba más –determinó.

–Mujer, ahora ya no hace falta –templó su compañero.

–¿Cómo que no? Si a esos capullos no se les planta cara desde ya, te avasallan. Venga, pásame el número.

–Es que no me lo dieron –se disculpó Cavallero.

–Pues vete al jefe y que me lo dé o, si lo prefieren, dales tú el mío y que me llamen ellos. No me importa. Ya me encargo yo solita de pararle los pies a esos pijos.

–Vaaale –se rindió, perfecto conocedor, e incluso sufridor, de los raptos de empecinamiento de los que podía hacer gala–. Se lo preguntaré al que parece el jefecillo del grupo y te lo mando en un mensaje o, si no, le paso directamente el tuyo, ¿te parece?

–Estupendo –aceptó Elisa–. Yo ahora pararé un momento en la farmacia, pero después me voy para casa y ya estaré allí todo el día. No te olvides, ¿eh?

–Tranquila, yo me encargo. Hasta luego.

Davinia tenía ganas de ejercer la más extrema violencia sobre aquel individuo que tan diestramente la sujetaba aunque una extraña voz dentro de sí le recordase que era uno de los suyos. La otra chica se encogía en un rincón, presa del pánico, pero para ella era tan solo la solución a su ansia incontenible.

–Déjala, aún no puede ser –ordenó el desconocido, el cual solo unas horas antes le hubiera parecido muy inquietante.

–Suéltame, tengo hambre –protestó Davinia, y también unas horas antes se hubiera sentido horrorizada ante su propia contestación, pero ya no estaba para esas valoraciones. El desconocido la arrastró al otro extremo de la estancia para mostrarle el espectáculo viscoso de la carne derretida que se vertía de lo que parecían unas ropas viejas de mujer, propias de modas antiguas.

–¿Quieres convertirte en esto, eh?, ¿quieres convertirte en esto? Aún no

es tu hora del alimento, ¿entiendes?

—... Pero tengo mucha hambre —protestó Davinia.

—En ese caso, tendrás que hacer un trabajo antes de que sea demasiado tarde —replicó soltándola—. Si no lo haces, no tendrás comida y, te lo aseguro, te espera un infierno entonces.

Davinia consiguió contener sus irreductibles ansias y se dispuso a atender al misterioso ser con su curiosidad activada.

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó.

—Del que nos puede garantizar a ambos la supervivencia. Sígueme —ordenó. La caminata por los largos pasillos por fin le hizo recordar de qué conocía el lugar, espacio habitual de sus primeros años de carrera.

—¿Estos son los antiguos laboratorios de la empresa *Salter*? —preguntó con una voz que no se reconoció.

—En efecto.

—¿Y cómo los podremos usar? Van a desmontarlos.

—Aún tardarán un mes, por lo menos, y el vigilante borracho que tienen está encantado de cedernos las instalaciones por una razonable cantidad —respondió el desconocido con lo que intentaba parecer mofa, pero que en su voz resonaba de manera inquietante—. Aquí tienes material de sobra para hacer tu trabajo. Entonces podrás comer.

Al contrario de lo imaginado, la medicina enseguida hizo efecto y el niño dormía tranquilo por fin. Le había bajado la fiebre y no parecía sufrir nuevos dolores, aunque de vez en cuando gimiese débilmente, y Elisa aprovechó para cabecear un par de veces en el sofá y preparar la comida. La ausencia de llamadas tanto de su compañero como del trabajo la indignó un poco más, pues no soportaba saberse dejada de lado, así que, cuando regresó el marido con el hijo mayor, determinó que se imponía la necesaria visita a la comisaría.

—¿Que me quede yo con los críos? —protestó su pareja, incrédulo, como si se le estuviese demandando una misión imposible.

—¿Y por qué no? Ya has acabado tu jornada laboral y yo no he podido cumplir con la mía por quedarme a cuidar del peque; recuerda que los críos son tan tuyos como míos.

—Pero quería ir al gimnasio —replicó con el tono propio de su hijo mayor.

—Tranquilo, que me gustas tal como estás —le aseguró tras darle un

rápido beso en los labios. Él aceptó encantado el comentario con otro beso más apasionado.

–Si regresas pronto podríamos, ya sabes, dormir la siesta –sugirió con gesto pícaro y Elisa pensó que precisamente ese día tal acción sería completamente literal: sospechaba que en el mismo instante en que se tumbase sobre cualquier superficie más o menos mullida se quedaría dormida.

–Vale, lo intento –aseguró sin el menor remordimiento por una mentira tan evidente.

Condujo hasta la comisaría con lentitud y, una vez allí, mostró la misma premiosidad para llegar hasta su planta. No obstante, iba con ánimo guerrero, así que empezó a husmear por todos los despachos y rincones hasta que se topó por fin con un desconocido que clasificó como uno de los advenedizos que había minusvalorado el su trabajo.

–Hola, ¿tú eres de los que han venido por lo de la chica degollada? –preguntó sin más. Nunca empleaba el tuteo con las personas que no le habían sido previamente presentadas, pero no tenía ningún deseo de mostrar respeto por quien desde un primer momento parecía habérselo negado. El desconocido la miró con algo parecido al desagrado pero, tras esa primera reacción, mostró una sonrisa tan amplia como falsa y le tendió la mano.

–Víctor Chinarro –se presentó–. ¿Usted es Elisa?

–Sí, así es –respondió desconfiada.

–Ya me dijo su compañero Inocencio que quería hablar con nosotros. –Elisa pensó con maldad lo mucho que debía de estar molestando a Cavallero que se estuviese empleando su nombre de pila, por él tan odiado –. Tiene que disculparnos, ha habido varios problemas y no hemos tenido oportunidad de ponernos en contacto con usted. Mi compañero ha tenido que regresar a Madrid, pero yo estoy a su disposición.

–Muy bien. Por mí, no hay problema. Explíquenme ahora con qué autoridad se hacen cargo del caso para dejarnos de lado de buenas a primeras –solicitó Elisa con una mal fingida inocencia. Chinarro se puso tenso, aunque intentó seguir simulando tranquilidad.

–Tiene que hablar con su superior. El comisario Jiménez le pondrá en antecedentes.

–De acuerdo, pero antes deme usted un pequeño avance –porfió, y aquel hombre se puso más nervioso. Miró su reloj de pulsera y fingió

acordarse de un asunto importante.

–Me esperan en el depósito y voy muy justo de tiempo. Si me disculpa... –masculló, dejándola plantada sin mayores posibilidades de proseguir con su interrogatorio.

Podía abandonar en ese punto y marcharse a arreglar las toneladas de papeles que tenía que poner al día. Al fin y al cabo, no tenía ningún interés en el caso; de hecho, había agradecido verse liberada del asunto aún antes de pensar siquiera en qué consistía, pero su inveterada costumbre de no ceder ni un centímetro sobre su puesto le imponía no hacer mutis. Salió con paso decidido hacia el despacho del comisario y entró en tromba tras su amago de llamada con los nudillos.

–¿Qué tal tu chiquillo, Elisa? –preguntó su superior amablemente–. Me dijo Cavallero que estaba algo pachucho.

–Está mejor, gracias. Oiga, ¿qué es lo de esos estirados que se hacen cargo de lo de la chica desangrada?

–Órdenes de arriba –cortó de inmediato olvidando el tono amistoso empleado hasta ese momento–. De lo más alto, así que no me fastidies –puntualizó con cara de pocos amigos.

–¿El propio ministro envía a su gente? ¿Cómo soporta usted que metan así las narices? –protestó indignada.

–No son policías –aclaró de mala gana el comisario.

–¿Qué?

–Es un asunto complicado y nosotros debemos apoyar su trabajo y hacer lo que ellos indiquen. Órdenes del Ministerio, y no se admite más discusión.

–Pero, jefe...

–Venga ya, Elisa, ¿te libras de un coñazo de caso y aún protestas?

–No, no es eso...

–Me alegro, porque tienes suficiente papeleo pendiente como para parar un tren, así que aprovecha y ponte al día –ordenó Jiménez–. Ahora, por favor, déjame solo. Estoy pendiente de una llamada.

Elisa abandonó el despacho aturdida. No se veía ni con fuerzas ni con la suficiente valentía para continuar insistiendo frente a lo que le parecía un abuso de poder flagrante y, por otra parte, disfrutaba del necesario pragmatismo que le hacía dar por batalla perdida las posibles reivindicaciones sobre el particular. «Que les den a todos, tengo trabajo de sobra para preocuparme por esto», reconoció mientras regresaba a su mesa.

Solo 24 horas antes se habría preguntado cómo podía contar con tal equipamiento, pero, en su situación actual, ese y otros detalles no le importaban en absoluto. Por el contrario, el único que descollaba sobre cualquier otra cosa era su apetito voraz que, paradójicamente, la mantenía activa y alerta ante todo el experimento. El desconocido se había arrogado las funciones de auxiliar y esperaba en un inimaginable segundo plano sus indicaciones. Para su horror, comprendía que debía pedir lo que todo ese tiempo había estado intentando evitar.

–Necesito su sangre –determinó.

–Ya te he dicho que esa no –rebatíó con voz profunda.

–¿Te crees que no lo recuerdo? –protestó con un odio del que nunca había hecho gala–. Necesito una muestra para los cultivos –el desconocido mostró entonces una inquietud inédita, pero enseguida se rehízo.

–¿Cuánta necesitas?

–Creo que con dos tubos de ensayo tendría bastante por el momento. Quizás después haya que sacar alguno más –contestó Davinia con dificultad.

A su ansia por la verdadera comida que ahora necesitaba se unía la sensación incontrolable de que su cuerpo se estaba desprendiendo de algo, como la serpiente que se deshace de su piel vieja, pero a todo ello se imponía la urgencia de dar cuanto antes con la solución que le permitiera conseguir alimento. El desconocido marchó al cuarto donde había dejado encerrada a la otra mujer y se oyó un ruido de gritos sofocados por golpes y objetos que caían. Al cabo de un par de minutos, volvió portando dos tubos con el rojo elemento.

–¿Bastará? –preguntó, y ella asintió con la cabeza. Espantó como pudo la idea de que tal vez, quizás, pudiera ser que no hubiese un grave riesgo si decidiese tomar tan solo un par de gotas, pero ese indeseable había tenido la atinada idea de enseñarle aquellos restos fundidos, así que optó por centrarse en la investigación para obtener las necesarias garantías de seguridad.

El trabajo rutinario trajo consigo que Elisa padeciese en uno de sus momentos bajos el cargo de conciencia por no haberse ocupado en condiciones de las obligaciones familiares. Rumiaba la contestación cortante que le había dado a su madre así que, antes de que se pudiese dar

cuenta, su índice marcaba, sin la necesidad de la correspondiente orden del cerebro, el número de su casa paterna.

—¿Sí? ¿Quién es? —contestó al segundo toque la autora de sus días.

—Mamá, soy Elisa. ¿Se sabe algo de Davi?

—Ay, Eli, papá pensaba llamarte dentro de un rato. No sabes qué disgusto.

—¿Qué ha pasado?

—Que la han secuestrado.

—¿Cómo que la han secuestrado?

—Una chica de la limpieza salía detrás de ella y dice que le pareció ver a un tipo muy raro abrazarla y luego llevársela en volandas.

—Joder, mamá. Lo mismo se ha echado novio —rebatíó Elisa con impaciencia recordando algunos de los tipejos con los que su prima se había emparejado en diversas ocasiones—. Además, ¿cómo es que esa de la limpieza se arranca ahora con eso?

—Mujer, parece ser que es de esos países de por ahí y está sin papeles —explicó la madre—, así que no se atrevió. Hace un par de horas se lo pensó mejor y fue a la Guardia Civil.

—Qué raro suena todo —resumió no muy convencida y todavía partidaria de la teoría de un nuevo novio—. Bueno, dentro de un rato intentaré llamar al cuartel, a ver qué me dicen.

—No te olvides, ¿eh? Tus tíos están muertos de la preocupación y ni te cuento cómo están mis nervios.

—Vale, mamá. Ahora tengo que dejarte, hasta luego.

Colgó reconociéndose una vez más perfecta víctima del chantaje emocional de su progenitora. Aunque estaba convencida de que la atontada de su prima estaría obnubilada con cualquier ligue reciente, sabía que antes del fin del día efectuaría a desgana esa llamada a la que se había comprometido. Como las penas compartidas son menos penas, se fue al despacho de Cavallero en busca de una respetable segunda opinión. Lo encontró sumergido también en un montón de expedientes.

—¿Te puedes creer que quizás han raptado a la cretina de mi prima? —dijo como saludo. Él la miró con desconfianza.

—¿Quién? ¿La científica de las rastas del bautizo?

—Esa misma —confirmó Elisa—. Una señora de la limpieza afirma haber visto cómo se la llevaba un tipo y mis tíos ya han presentado denuncia en la Guardia Civil.

–Caray, pues deberías llamarlos y enterarte un poco –apuntó Cavallero –. Para más tranquilidad, quiero decir.

Elisa suspiró, decepcionada. Siempre había reconocido lo acertado de las sugerencias de su compañero, y el necesario paso subsiguiente de seguirlas en la medida de lo posible. Buscó el número y llamó a la casa cuartel donde habían ido sus familiares. Tras ser pasada por diferentes agentes, solicitar, amenazar y aun rogar el favor en aras de una solidaridad entre fuerzas del orden, por fin pudo enterarse de las líneas generales del asunto.

–Vaya panda –protestó al colgar el teléfono–. Pues, en efecto, están estudiando el caso como un secuestro –resumió ante la mirada inquisitiva de su colega–. Una nigeriana sin papeles que trabaja por allí dijo que vio a mi prima dirigirse a la parada del bus a última hora de la tarde, como hace casi todos los días, y que de las sombras salió un vagabundo que la abrazó y luego se la llevó en vilo.

–¿Un vagabundo?

–Eso dijo la señora, «un vagabundo», un tipo con unas ropas muy viejas y unos movimientos raros, como si se deslizase o algo así.

–Deslizarse... –repitió pensativo Cavallero en lo que era una de sus molestas costumbres cuando reflexionaba sobre lo que le estaban explicando.

–A saber lo que contó. Seguramente, apenas habla castellano y esos listos apuntaron lo que les pareció.

–Puede ser –concedió su compañero, no muy convencido. Ella pensaba comentarle algo más, pero se vio interrumpida por la aparición de la Catalá, quien con sus modales melindrosos iba a protestar por el trabajo de la prostituta desaparecida que le habían colado. Elisa comprendió entonces que quizás no sería tan fácil seguir escaqueándose de tareas de ese estilo y, en pro de una buena convivencia, acabó comprometiéndose a atender las siguientes llamadas de Brigitte sobre la colega ausente.

Davinia estaba centrada en su trabajo, con una mezcla de temor por los conocimientos que parecían irsele olvidando por minutos, ansia por la resolución del problema que le permitiese disponer de alimento no contaminado y frenesí de verse con fuerzas y capacidades que en sus treinta y pocos años de vida nunca había exhibido. El desconocido la contemplaba con gesto displicente, pero su actitud era de extrema

colaboración, como si en su búsqueda se hallase también su posible salvación inmediata. Le había conseguido varios tubos de sangre más con rapidez cuando exigió ampliar las muestras y limpiaba y preparaba cuanta superficie e instrumento era necesario en el proceso, lo que había facilitado muchísimo su trabajo. Desconocía cuántas horas podía llevar afanada, pero la falta de cansancio la impulsaba a seguir con renovadas energías a cada nueva tarea. Fruto de esa dedicación comprobó los primeros resultados.

–Joder –farfulló tras su comprobación en el microscopio–. Es sintético.

–¿Perdón? –intervino el desconocido educadamente.

–Esto es producto de laboratorio. En mi vida había visto nada igual –aseguró con una verdadera precisión no buscada. Su improvisado ayudante iba a asomarse a aquella lente clarificadora cuando de repente sonó un ruido. Con unos movimientos inhumanamente veloces, el desconocido se plantó en el pasillo y fue a comprobar el cuarto donde había dejado encerrada a la otra chica.

–Intenta escapar –informó desde allí–. Voy a cogerla, ¿puedes seguir sola?

–Sí, claro –asintió Davinia. Estaba embebida en su descubrimiento y por nada del mundo pensaba abandonar su puesto. Así, no se inmutó ante los gritos desesperados y los golpes y, cuando el desconocido regresó un momento para informarle de que tenía que deshacerse del cuerpo, ella solo tuvo un rápido atisbo de frustración al pensar que no podría disponer de más sangre para futuras pruebas. Sin embargo, continuó con sus quehaceres sin perder un solo segundo.

Elisa regresó a casa con el infortunio del trabajo a medio realizar y las obligaciones a la espera en el hogar. El hijo mayor estaba especialmente estupendo y fue necesario todo un despliegue de estrategia infantil para conseguir acostarlo a su hora, mientras que el pequeño recuperó su costumbre gimoteadora una vez pasados los efectos sedativos de la medicación. Alcanzó la cama con tal sensación de cansancio que ya estaba dormida antes siquiera de que su mejilla rozase la almohada. Con todo, tuvo suerte y pudo cabecear sin interrupciones hasta media hora antes de que sonase el despertador, al son de una temprana tanda de lloros que despertó a toda la familia y quizás a todo el edificio. Por fortuna, el chiquitín estaba bastante mejor que el día anterior y pudo dejarlo en la guardería como era su costumbre. Precisamente, el móvil sonó mientras

abandonaba sus instalaciones, esquivando pequeñines y progenitores apresurados como ella. Comprobar el «Cava» de identificación le hizo saber aún antes de responder que la esperaba otra jornada complicada.

–Elisa, sal directamente a la UCI del hospital –ordenó su compañero sin darle tiempo a preguntar.

–¿Qué ha pasado?

–Han encontrado a la amiga de esa prostituta que conoces en el vertedero municipal. Le han dado una paliza brutal y está medio muerta.

–Voy para allá.

Aunque era muy habilidosa conduciendo entre el tráfico urbano de primera hora de la mañana y había podido ayudarse de la sirena, no consiguió evitar un par de atascos y llegó con bastante retraso a lo que se suponía una urgencia. En la puerta de los cuidados intensivos esperaba Cava escoltado por un par de agentes en los que se notaban unos nervios evidentes.

–Hola, siento el...

–La tal Juani, es decir, Juana María Pernas Rodríguez, está reventada por dentro –cortó su colega leyendo unas notas–, como si la hubiesen tirado desde una azotea. Los médicos ni entienden cómo puede seguir con vida. De hecho, su agresor la debió de dejar por muerta.

–Pobre mujer –se compadeció Elisa con un punto de arrepentimiento por la desconfianza mostrada el día anterior.

Un médico salió a avisarles de que la paciente estaba volviendo en sí y entraron con un recogimiento propio de cualquier iglesia. La amiga de Brigitte agonizaba bajo vendajes, sueros y tubos, pero aún se vio con fuerzas para mascullar un «hola» amistoso, propio de quien celebra seguir respirando.

–Buenos días, Juani. Soy Elisa, la policía amiga de Brígida –se identificó con una extrema generosidad de trato, aunque eso sirvió para que la interrogada se relajase un poco–; él es mi compañero Cavallero.

–¿Cómo está mi hijo?

–Bien, no te preocupes, tu hijo está en buenas manos. Necesitamos que nos cuentes qué pasó para detener al desgraciado que te lo hizo.

–¿Fue un cliente que se puso violento? –preguntó Cava con precipitación y ella negó con la cabeza.

–Me cogió por la calle y me llevó a ese laboratorio –contestó ella con dificultad.

—¿Era un hombre? —preguntó Elisa y obtuvo una respuesta positiva con un dificultoso asentimiento de cabeza—. ¿No había nadie más?

—Había una chica —contestó Juani con un hilo de voz—. Nos encerró a las dos con una muerta muy rara. Ella me quiso atacar y luego se fue a trabajar con él al laboratorio —explicó con sus últimas palabras comidas por una incontrolable llantina ante los recuerdos horribles. El médico se acercó furioso para echarlos, pero la chica sorbió sus lágrimas y, tras rascarse las rojeces que le rodeaban el cuello, continuó—: Joder, qué asco. Tenía que estar encerrada con aquella cosa y encima venían y ese hombre me sacaba tubos de sangre, casi me deja seca. —Tosió un poco, y Elisa se preguntó hasta qué punto tenían derecho a seguir interrogándola—. Intenté escapar, pero el hombre se dio cuenta y me atrapó. El muy animal... me tiró contra la pared varias veces con una fuerza increíble. Creí que me mataba. Debí de desmayarme y ahora me he despertado aquí.

—¿Cómo era ese hombre? ¿Lo habías visto antes? —preguntó Cavallero.

—Era malo, muy malo —resumió Juani—, me cogió en vilo sin vacilar, como si no pesase nada. Y su mirada...

—¿Recuerdas algo de su aspecto? —intervino Elisa.

—Llevaba unas ropas muy viejas, aunque no parecía sucio, y le faltaba un cachito de oreja, aunque eso no daba grima. Pero, sus ojos... Nunca he visto a nadie con esa mirada.

—Bueno... —intentó contemporizar Cavallero.

—Hago la calle desde hace más de diez años y he visto a tíos muy raros, pero nunca me había encontrado con nadie igual. Daba miedo solo mirarlo. No sé cómo esa chica soportaba trabajar a su lado, pero ella también era muy rara, intentó atacarme, pero él la paró y se la llevó a trabajar al laboratorio de la otra habitación.

—¿Cómo era esa chica? —continuó Cavallero.

—Debía de tener la edad de usted, o un poco más joven —contestó señalando a Elisa—, pero llevaba una ropa como de hippie, y el pelo con rastas.

—¿Con rastas? —saltaron Elisa y su compañero, casi al unísono.

—Sí, cortitas. Me llamó mucho la atención cuando ese tío la dejó conmigo. Hasta pensé: «menuda payasa, con sus años y con ese aspecto».

Los nervios atenazaban estómago y garganta de Elisa. Aun así, fue capaz de preguntar con su mejor estilo profesional si estaba segura de su descripción, ante lo que la interrogada asintió convencida, y si quería

señalar otros detalles relevantes para ayudar a la identificación de su agresor. Juani contrajo el ceño en un gesto de dolor antes de responder:

–Bueno, esto a lo mejor es una parida –avisó–, pero ese tipo tenía una forma muy rara de moverse, como si se deslizase.

–De acuerdo, has sido de una gran ayuda –masculló Elisa–. Volveremos en otro momento para ver cómo estás. Hasta luego.

–Contéstanos a una última pregunta, por favor –saltó Cavallero–. Has dicho que «os encerró a las dos con una muerte muy rara» –recordó, revisando sus notas–. ¿A qué te referías?

–Fue repugnante –señaló Juani con cara de asco–. Me dejó en la habitación con un cadáver de una mujer, creo. Al menos, aquello salía de unas ropas de mujer muy viejas.

–¿Aquello? –apuró Cavallero.

–Era como si la carne chorrease fundida o algo así, como un kebab. Lo recuerdo y me dan ganas de vomitar.

–No la molestamos más, gracias y buenos días.

Elisa apenas consiguió contener sus pasos hasta que salieron de la habitación.

–Como el caso de ayer –mencionó de pasada Cavallero–. Tanto el cadáver descompuesto como las erupciones de las chicas.

–¿A qué te refieres? –preguntó Elisa.

–Esta y la muerte de ayer tenían esa misma erupción en el cuello, como si les hubiera dado alergia algo. Me dio tiempo a verlo antes de que llegaras tú, pero la verdad es que no le di importancia. En cambio, ahora...

–¿Crees que ya habrán averiguado la identidad de la fallecida?

–Supongo que sí –contestó Cavallero con cautela–, pero recuerda que ya no llevamos ese caso.

–Llama a toda esa gente que te debe favores y que te digan quién era esa chica y todo lo que hayan averiguado sobre ella –ordenó Elisa sin prestar la menor atención a su aviso–. Yo, mientras, volveré a hablar con Juani y después iremos a encontrarnos con ese buitres. Seguro que sigue rondando alrededor de los cadáveres.

–Te traigo un premio –Davinia levantó sus ojos del microscopio para encontrarse frente a ella con un chaval de unos veinte años que la miraba horrorizado mientras luchaba por escapar de los brazos que lo aprisionaban.

–Ayúdeme, por favor, este hombre me ha secuestrado en la calle y me ha traído aquí –suplicó el chico, muerto de miedo.

–Disfrútalo. Está limpio –invitó el desconocido.

Davinia solo tenía presente su hambre infinita y no necesitó nada más. Se abalanzó sobre aquel cuello joven y clavó en él sus colmillos con gran voracidad. Chupó y chupó hasta que la arteria se convirtió en una tubería seca. Se separó con un sentimiento predominante de satisfacción mientras el cuerpo ya muerto caía desmadejado. Se encontraba pletórica, capaz de acabar todas las tareas pendientes de un tirón. El desconocido le sonrió satisfecho.

–Bueno. Ahora, al tajo, ¿no se decía así? –la invitó–. Ya te quito esto –avisó cortésmente retirando el cadáver.

Davinia se centró de nuevo en su tarea, aliviada de su ansia e impaciente ante sus hallazgos. Por primera vez, estaba haciendo verdadera investigación científica, de búsqueda pura de los grandes secretos y no la aburrida reiteración de protocolos a los que estaba obligada en su empleo de solo horas antes. El tiempo, así, pasaba rápido, de pequeño a mediano descubrimiento, luego a errores estimulantes y, de nuevo, a hallazgos esperanzadores hacia la meta. Nunca había disfrutado tanto de su trabajo y la espiral de olvido sobre su vida anterior en que estaba sumida parecía un proceso necesario en esa labor.

En uno de sus movimientos notó que pisaba algo y se agachó para comprobar de qué se trataba. Era una cartera de hombre. La abrió y la foto del carnet de identidad le indicó que había pertenecido al chaval del que acababa de alimentarse. El repaso por sus distintos compartimentos mostró una escasa cantidad de monedas y billetes, tarjetas de débito, biblioteca municipal y autobús y resguardos de viejos pagos que denotaban la vida ordinaria del propietario. También encontró un par de fotos: una de una chica sonriente y otra que parecía de una celebración familiar, una primera comunión tal vez, con varios niños pequeños endomingados sonriendo a cámara y varios adultos también sonrientes por detrás, uno de ellos con un bebé en brazos. Otra imagen común más de la alegría de un momento y que, sin embargo, a ella le supuso una conmoción inesperada. Había olvidado en las últimas horas caras y nombres de amigos y familiares; sin embargo, tuvo el recuerdo súbito de la fiesta celebrada unos meses atrás donde también había un bebé. Colocó la instantánea en equilibrio sobre unas carpetas de forma que resultase visible desde donde estaba.

—No vale la pena —oyó a su espalda la voz del desconocido—. El olvido es mucho más práctico, créeme.

—Ya casi no me acuerdo de nada —reconoció fijándose en él por primera vez. Si no fuera por su aspecto ya tan ajeno al género humano, habría dicho que se trataba de un hombre de unos treinta y pico años, incluso atractivo a pesar del pequeño defecto del lóbulo de su oreja izquierda, pero ese concepto de belleza empezaba a difuminarse también.

—Al convertirme en esto, hace ya mucho tiempo, hacía verdaderos esfuerzos por recordar —explicó—, descuidando lo demás.

—¿Fue hace mucho? —preguntó Davinia con curiosidad.

—Para mí, un suspiro. Para ellos, toda una vida. Al final, me he conformado con mis antiguos conocimientos profesionales. Al cabo, han sido verdaderamente prácticos.

—¿A qué te dedicabas?

—No estoy muy seguro. Creo recordar que tenía una beca de la Junta y que trabajaba en alguna facultad, o quizás en un laboratorio, pero mucho peor equipado que este, claro.

—¿De qué Junta hablas? ¿De Andalucía?, ¿de Castilla y León, tal vez? —probó Davinia.

—No, esos son nombres desconocidos para mí.

—¿La de Castilla-La Mancha? —siguió intentándolo ella.

—Creo que era algo así como Junta de Ampliación de Estudios. No estoy muy seguro. Venga, volvamos al trabajo.

Elisa aparcó de cualquier manera frente a la puerta del depósito de cadáveres. Se limitó a mostrar en silencio la placa al guardia de la entrada y buscó por las diversas estancias con Cavallero en los talones. Lo encontró enseguida y se plantó ante él con los brazos en jarras, como si estuviera a punto de echar la bronca a su hijo mayor.

—Me va a contar usted todo lo que está pasando o tomaré medidas.

—Ni se le ocurra pisar aquí dentro. Puede contaminar los restos —ordenó Víctor Chinarro. Estaba agachado recogiendo con un bastoncillo de palo muy largo algo en el suelo, protegido por unos ceñidos guantes de látex, una bata desechable y una mascarilla que se retiró para hablar.

—¿Quiere contarme de una vez qué coño está pasando? —insistió.

—Le repito que este no es asunto suyo. Hable con sus superiores —recordó aburrido aquel hombre que no pertenecía a la policía ni, por

extensión, a ningún cuerpo de seguridad. Elisa hervía de indignación, así que Cavallero, buen conocedor de las reacciones de su compañera, tomó el relevo.

–Ha habido una agresión muy grave y, probablemente, otro cuerpo descompuesto en algún punto de la ciudad, así que debe contestar nuestras preguntas o nos lo llevaremos detenido por obstrucción a la justicia.

–Venga ya –masculló haciendo un gesto de rechazo con la mano, pero Cavallero, en un movimiento rapidísimo, le echó la esposa a la muñeca y de un tirón se la dobló contra la espalda–. ¿Qué hace? Está cometiendo un grave error –protestó mientras acababa de ser inmovilizado con las manos por detrás y el policía registraba sus bolsillos–. Esto les va a costar el puesto.

Cavallero le lanzó su cartera a Elisa y está comenzó a comprobarla con premura.

–Ministerio de Sanidad, este tipo trabaja en Sanidad –dijo mostrando una tarjeta plástica de identificación–. ¿Qué hace un funcionario de Sanidad dando órdenes en un caso criminal?

–¿Y dice que estamos cometiendo un error? Creo que aquí es usted el que se ha extralimitado en sus funciones –continuó Cavallero–. Nos lo vamos a llevar detenido.

–Venga, llévenme. A los cinco minutos estaré fuera y a ustedes les va a caer una buena –aseguró con chulería el tal Chinarro, aunque tanto Elisa como Cavallero pudieron distinguir en sus ojos el fondo de temor de quien no está acostumbrado a lidiar con unas situaciones tan extremas.

–Créeme, Víctor –le rebatió Cavallero impostando un tono amistoso–: esto no es como la tele. Podemos apañarnos para que te lleven a la Provincial o a cualquier otro sitio y te toque compartir celda con cualquier psicópata tres o cuatro días porque conseguiremos que estés incomunicado. Los tuyos se matarán a ir de un lado a otro antes de dar contigo, y a saber en qué estado te sacan, con lo cariñosos que se ponen algunos con los recién llegados.

Elisa miró a su compañero con horror, aunque se guardó bien de que el otro se percatase. Estaba cometiendo una falta muy grave hablándole así a un detenido (aparte de que toda aquella coacción resultase imposible de realizar desde el primer momento), pero este parecía haberse tragado la amenaza y ahora temblaba ostensiblemente, intentando articular nuevas quejas que quedaban convertidas en gemidos.

–Escuche, señor –intervino Elisa conciliadora–. Este siempre ha sido un caso criminal y usted no tenía ningún derecho a actuar como actuó, por mucho que nuestro jefe así lo aceptara. Ahora hay otro cuerpo como el que nos encontramos y como, imagino, debió de quedar el de la pobre chica cuando lo trajeron aquí.

–Otro cuerpo... –suspiró inquieto el hombre, con su temor más controlado–. ¿Dónde está? Es imprescindible que lo vea cuanto antes.

–¿Y por qué? ¿Por qué tiene esa prisa en intervenir en un asunto que no es de su competencia? Ha habido dos mujeres secuestradas y a una la agredieron tan brutalmente que la dejaron por muerta, y todo parece tener que ver con esos cuerpos descompuestos y con esas marcas en el cuello de algunas de las implicadas, como de alergia ¿Qué demonios están llevando desde su ministerio para que sea tan secreto y dé lugar a un galimatías como este?

–No puedo contarles nada –porfió Chinarro–. Como bien ha dicho usted, esto es alto secreto.

–Pero es un alto secreto que puede costarle la vida a otra chica –saltó Elisa conteniendo en el último segundo un «a mi prima».

–Entiéndelo, Víctor: por muy graves que sean las consecuencias de revelarnos tu secreto, es muchísimo peor ser cómplice de un secuestro y posible asesinato, que es en lo que al final te vas a convertir, porque ya nos encargaremos de que se entienda así, y los jueces de aquí suelen hacernos bastante caso –insistió Cavallero.

–Te aseguramos que no contaremos nada de lo que nos digas a no ser que sea imprescindible para la resolución de este asunto –concluyó Elisa desde su papel conciliador.

El de Sanidad miró a ambos derrotado.

–Es que no me van a creer –reconoció con frustración.

–Inténtalo –lo animó Elisa–. Al fin y al cabo, todo esto es muy raro, así que no nos sorprenderá nada de lo que nos expliques –razonó y, como muestra de buena voluntad, lo liberó de sus esposas.

Chinarro se sentó pesadamente en un taburete y volvió a mirarlos con gesto de derrota antes de emprender su explicación.

–En su momento, el gobierno prefirió meter a nuestro grupo en el Ministerio de Sanidad porque les pareció que unas funciones tan excepcionales más tenían que ver con la medicina preventiva, son así de originales, aunque más valdría que nos hubieran adscrito a Interior o

incluso a Defensa, como al principio, porque nuestro grupo es, en realidad...

—¿De qué grupo hablas? —lo interrumpió Cavallero inoportunamente.

—Del NM —contestó sin ganas.

—¿Qué quiere decir NM? —preguntó en esta ocasión Elisa. Chinarro rió entre dientes aburrido antes de responder.

—Ahora es cuando creerán que les estoy gastando una broma pesada y me llevarán preso a cualquier agujero, pero les aseguro que no estoy bromeando, qué más quisiera yo —previno—. Mi grupo es el grupo de No-Muertos. Prevenimos de forma multidisciplinar los ataques de los no-muertos. —Cavallero iba a llamarle la atención, pero Elisa lo detuvo con un gesto—. Somos expertos en diversas ramas de la Medicina y la Biología, porque son los hallazgos en esos campos los únicos eficaces para parar sus ataques.

—Comprenderás que esto nos parece una broma muy, muy pesada —resumió Elisa. Chinarro tuvo una sorprendente reacción airada, inesperada en su angustia de unos segundos antes.

—Claro, ustedes prefieren quedarse con lo evidente y luminoso, ¿verdad? —protestó—. En su bonita familia de marido e hijos y usted —señaló a Cavallero—, en los partidos de fútbol de su equipo. Qué bonito todo. —Elisa sintió un escalofrío ante el retrato exacto que aquel hombre acababa de hacer, pero se mantuvo a la espera—. Pero ni se imaginan la guerra secreta que llevamos años y años manteniendo con esos NM. Secreta y cruel, porque el propio destino de la humanidad está en juego, y para eso estamos tantos grupos como el nuestro en muchos países intentando que no pase nada.

—¿No estarás exagerando un poco? —apuntó Cavallero desde una condescendencia impostada.

—Escuchen, esos NM llevan mucho tiempo entre nosotros, y si aún no se nos han llevado por delante es porque no son muy resistentes en su mayoría. El problema es que, como en toda especie, siempre hay un grupo más capacitado que otros para la supervivencia (y, me temo, la evolución). Esos son nuestro verdadero problema.

—Y esos NM capacitados, ¿cómo sobreviven? —preguntó Elisa en un susurro.

—En fin, son lo que en las viejas historias se conocen como vampiros —reconoció el de Sanidad.

–Qué coño... –protestó Cavallero–, ¿quieres decir que todo este follón viene por vampiros chupadores de sangre, que tienen miedo de la luz del sol, que duermen en ataúdes y que se espantan de ajos y cruces?

–Desgraciadamente, son ciertas las dos primeras atribuciones. Lo demás es mera leyenda. Quizás eso del ajo puede tener que ver, muy, muy, muy por encima, con sus propiedades medicinales, algo que aparece en nuestros últimos descubrimientos.

–A ver, que yo me entere, entonces, ¿es como en las viejas películas de chupasangres, que se alimentan de sangre de la gente y sobreviven así siglos y siglos? –recapituló Elisa.

–Quitando toda la exageración de las obras de ficción, es más o menos así –asintió Chinarro–. Solo que últimamente se han vuelto más prudentes y ya no suelen hincar sus colmillos en los cuellos de sus víctimas: se conforman con degollarlas y aprovechar su sangre para no levantar sospechas.

–Por eso la taquillera tenía el corte en la garganta... –susurró Cavallero.

–En general, no son capaces de sobrevivir mucho tiempo en ese estadio. Unos años, décadas en el mejor de los casos. Su fotofobia limita mucho sus movimientos durante el día, y también son sensibles a agresiones de objetos punzantes o cortantes, como los humanos. Quiero decir que no se mueren, a no ser que haya un gran destrozo, pero quedan fuera de combate por un buen rato ante un tiro o una herida de arma blanca y, al no haber constantes vitales, pueden ser enterrados o incinerados y, como comprenderán, no tienen mayores posibilidades de sobrevivir sin alimentos bajo metros y metros cúbicos de tierra o hechos cenizas.

»Salvo ese grupo selecto, el cual parece haber desarrollado mejores capacidades de resistencia. Escuchen, les aseguro que todo lo que les estoy contando es la más absoluta verdad –continuó–. Miren, si no, el documento de identificación que llevaba encima el cuerpo que encontraron próximo a la taquillera –indicó recuperando el ipad que tenía sobre una mesa y buscando entre sus distintos archivos–. ¿Ven? Un D.N.I. expedido en enero de 1965 a un hombre de treinta años, de profesión, funcionario –explicó mostrando la foto de ese documento, muy corroído por el paso del tiempo–. Y estaba en una cartera del bolsillo interior de su chaqueta. Ya me dirán qué persona de nuestros días mantiene ese documento sin renovar, hoy por hoy. Sobre todo si en su vida laboral trabajó como funcionario.»

–Es entonces donde cobra sentido su trabajo, supongo –apuntó Elisa.

–En efecto. Cada vez que uno de esos NM chupa la sangre a alguien y deja algún resto suyo en la víctima, esta tiene unas posibilidades de infección que oscilan entre un 30 y un 95%.

–¿Cómo va a infectarse alguien que está muerto? –se escandalizó Cavallero.

–Como les dije, esto es algo que resulta inverosímil, pero así están las cosas. La infecta en su agonía y hay muchas probabilidades de que se convierta en otra NM al expirar, que es lo que le ocurrió a la taquillera. Una vez traída aquí, al cabo de un rato, ella se intentó incorporar y es cuando nuestro remedio hizo efecto.

–Es decir, que tienen ustedes algún tipo de solución, ¿no? –preguntó Elisa, y él asintió–. Explíquenos entonces qué hace su grupo para conseguir que una resucitada caiga fundida como la mantequilla, por favor.

–Verán, el grupo NM existe desde hace casi un siglo. Fue el propio general Primo de Rivera quien decidió fundarlo en su día como un grupo secreto dentro del ejército –explicó en un tonillo pedagógico muy irritante–. Desde entonces, los distintos gobiernos y regímenes nos han ido manteniendo por distintos ministerios y departamentos hasta llegar a nuestros días. Incluso al final de la Guerra Civil, con los republicanos derrotados, una representación de su gobierno y de los triunfadores se reunieron con el mayor secreto en un lugar desconocido para, digamos, «pasarse el testigo» de este asunto.

–Al grano –apuró impaciente Cavallero.

–Sí, perdón, me estaba desviando un poco del tema –reconoció Chinarro–. Como les decía, somos un pequeño grupo que dependemos económicamente del Ministerio de Sanidad, aunque no estamos en su organigrama y ni siquiera en sus instalaciones, pero nuestra lucha ahora se está desarrollando en el campo de la ciencia. Tras muchos años de investigación, hemos conseguido desarrollar el arma biológica, esperamos que definitiva, para acabar con ellos.

–¿Y en qué consiste? –preguntó Elisa.

–Podría decirse que es una especie de anti-vacuna –explicó–. Hemos sido capaces de provocarles una degeneración celular tan rápida y aguda que parece que se fundan. Por eso aparecen así los cuerpos.

–Pero ese microbio, o bacteria o lo que demonios sea, ¿cómo se lo inoculan?

–Ese es el problema: no hemos sido capaces de hacerlo directamente por el momento. Pero, y eso fue idea mía –señaló con un punto de vanidad –, decidimos que podíamos atender a señales de presencia de NM en un entorno e introducir la solución en víctimas potenciales.

–Hijo de puta, ¿han preferido jugar con la gente a protegerla de verdad? –saltó Cavallero cogiéndolo de las solapas, pero Chinarro se zafó con un sencillo tirón.

–¿Qué otra cosa podemos hacer? Los NM que quedan son muy hábiles, casi imposibles de cazar, así que la única manera que tenemos de eliminarlos es esta. Aquí habíamos reportado un par de ataques muy extraños, así como tres desapariciones que parecían obra de uno o varios de ellos. –Tanto Elisa como Cavallero siguieron en silencio, pero ambos recordaron esos casos sin resolver que tan de cabeza habían traído a sus compañeros–. Conseguimos desarrollar una fórmula, inofensiva para las personas, pero letal de necesidad para ellos. Esa pobre taquillera quedó infectada y cuando despertó como NM no pudo resistirla.

–Estabas contándonos cómo habíais hecho que la gente se tomase esa medicina o lo que sea –apuró Cavallero.

–Sí, eso –aceptó–. Fue una cuestión peliaguda. En un primer momento, pensamos en meterlo en el agua de la traída, pero se habrían necesitado unas cantidades importantes y no parecían garantizados sus resultados. La administración más adecuada era mediante inyectables, así que decidimos meterla...

–En vacunas contra la gripe –remataron a coro Elisa y Cavallero.

–Exactamente, metimos unas cuantas dosis en la partida de vacunas antigripales de esta campaña para el centro de salud del distrito Sur, ¿cómo lo han sabido?

–Conseguimos averiguar que Jessica Laverde, la taquillera, había ido hace un par de días a ponerse la vacuna contra la gripe –explicó Cavallero.

–Al igual que Juani, la prostituta que apareció medio muerta en el vertedero municipal –completó Elisa–, y en ambos casos les apareció una especie de sarpullido a las pocas horas.

–Sí, es una reacción alérgica, por completo inofensiva, que aparece en algunos pacientes –asintió Chinarro–, pero todo ha venido a demostrar, a la espera de los últimos análisis pendientes, que lo hemos conseguido. Vamos a acabar, por fin, con los ataques de los NM. Esa raza maldita por fin se extinguirá –concluyó con satisfacción.

–A no ser que alguien encuentre un antídoto –saltó de repente Elisa.

–Sí, claro, pero quién...

–Una experta en investigación científica como mi prima –explicó mientras cogía el teléfono y marcaba a toda prisa un número–. Tenemos que averiguar cuántos sitios sin usar o abandonados hay por esta zona que sirvan para ese trabajo.

Davinia nunca se había sentido tan orgullosa como lo estaba en esos momentos. Sus emociones humanas se estaban retirando como la marea; sin embargo, el orgullo por el trabajo bien realizado parecía que iba a permanecer un poco más de tiempo, permitiéndole disfrutar de sus resultados.

La vacuna, en realidad, era cosa hecha. Tan solo faltaban un par de ajustes, pero antes de uno o dos días podrían aplicársela ella y el desconocido, y la improrrogable búsqueda de alimento podría ser llevada a cabo por fin sin problemas. Por eso, su entusiasmo no le permitió darse cuenta de los ruidos que llegaban de la puerta trasera.

–Creo que están entrando –dijo el desconocido, más atento.

–¿Quién?

–No sé, quizás unos vagabundos buscando un sitio donde dormir. Iré a ver. Nos valdrán como alimento para estos días.

–De acuerdo –aceptó, reincorporándose a su tarea. Tan centrada volvía a estar en su trabajo que no se percató del regreso espantado de su compañero hasta que lo tuvo encima.

–Nos han encontrado –avisó recogiendo las cosas–. Cógelo todo, corre.

–¿Quiénes? –llegó a preguntar antes de que el primer policía entrase en tromba encañonándolos, pero el desconocido, en un movimiento rapidísimo, se plantó frente a él y le rompió el cuello.

Los siguientes dos uniformados llegaron a disparar varias veces, alcanzando al desconocido en pleno pecho y lanzándolo varios metros hacia atrás. Otra bala fue a rozarle a ella en el hombro, pero no notó ningún dolor y pudo seguir guardando todo en medio del caos. Se interrumpió, sin embargo, al ver entrar tras otros policías a dos hombres y una mujer de paisano y reconocer a esta como una parte importante de ese pasado humano que casi había olvidado en las últimas horas. La imagen de un bebé surgió de nuevo en sus recuerdos, pero tuvo que quedar momentáneamente aparcada para esquivar el ataque de otro par de

agentes de los que se desembarazó con una sorprendente facilidad.

–Usen los dardos –ordenó uno de los asaltantes–. Tendrán que acercarse más.

–Ten cuidado, deben de llevar el mal –avisó el desconocido, pero incumplió su propia recomendación y descuidó sus espaldas. El que había dado el aviso se abalanzó sobre él y le metió a quemarropa una de aquellas agujas en su cuello mediante un pistolín. Él se revolvió violentamente y consiguió quitárselo de encima, pero el veneno corría ya por su cuerpo, hasta ese momento insensible por décadas a las agresiones humanas, y se doblegaba ante su poder. Intentó escapar, pero solo fue capaz de dar un par de pasos antes de caer desplomado.

–Señor –llamó, pero el desconocido era ya un montón de masa fundida entre viejos ropajes extendidos en el suelo. La sacudió una inmensa oleada de indignación y, empujada por ella, arremetió contra todos los atacantes a tumba abierta. En un par de movimientos dejó fuera de servicio al par de uniformados que aún seguían en pie y el otro hombre de paisano y en el siguiente aprisionó a la mujer contra la pared.

–Davinia, por Dios, soy tu prima. Vengo a salvarte –dijo esta con dificultad.

–Cállate –ordenó pugnando con sus recuerdos y apretando más los dedos en torno a su cuello.

–Joder, Davinia, ¿no me reconoces? Nuestras madres son hermanas, casi nos hemos criado juntas, si hasta compartimos habitación un año de universidad ¿Qué te ha hecho ese degenerado?

A falta de mejores frases de réplica, la tumbó sobre una mesa y se dispuso a hincarle los dientes en el cuello indefenso. Sería el necesario alimento para escapar de allí y rematar su investigación a salvo, pero su presa era más belicosa de lo que esperaba y le hizo una llave de artes marciales con la que logró apartarla e incorporarse de un mismo tirón. Corrió hacia la pistola de dardos y la encañonó, pero no disparó.

–Por favor, prima, no me obligues a hacerlo –rogó la mujer–. Conseguiremos que te curen, ya lo verás. Vuelve conmigo y lo arreglaremos.

–Cállate. No me acuerdo de ti.

Las dudas la incapacitaban para su siguiente golpe. Algunos recuerdos venían a dar la razón a sus palabras, pero también quería seguir contra viento y marea los planes trazados. La mujer cogió su móvil y buscó algo.

–Mira, la última vez que se reunió la familia. En el bautizo de mi hijo pequeño, ¿es que no te acuerdas? –gritó enseñándole una foto de grupo con niños similar a la que había rescatado de la cartera de su víctima.

Davinia consiguió soltarle un puñetazo tan fuerte que la tumbó inconsciente, pero aquellos gritos y, sobre todo, su significado seguían trepanando su cabeza.

Cogió el móvil del suelo, milagrosamente intacto pese a la caída. La pantalla mostraba sonrisas y ropajes de gala en torno a un ser humano chiquitito. Los recuerdos entonces se convirtieron en una ponzoña que retorció todo su ser y le hacían pensar en los planes como la condena de los imposibles que se sumarían en las nuevas sucesiones de horas, días, semanas y quizás años. Había sido un día muy bonito, el de ese bautizo, con la familia alegre y bulliciosa, y ese bebé sonriente que gorgoteaba ante las carantoñas de los mayores. Todo perdido y, en algún tiempo, reducido al olvido. No podía continuar. Ahora lo comprendía, y ni su prima ni nadie podrían ayudarla.

En la mesa aún seguían un par de tubos con la sangre de los ensayos. Los abrió y los bebió a la vez. Tenía un sabor muy diferente a la del muchacho, más ácido y turbio, pero lo interpretó como una pequeña parte del castigo que le debía corresponder por su crimen.

El pequeñín estuvo llorando todo el entierro y el mayor casi se pierde entre las tumbas intentando coger un pajarito. A ella le seguían doliendo horrores las lesiones y, por si fuera poco, les pilló un chaparrón al salir del cementerio y los cuatro se calaron hasta los huesos.

–Menudo día llevamos –farfulló su marido mientras arrancaba el coche –. Primero el entierro de tu pobre prima y ahora esta tromba de agua.

–Tienes razón –asintió Elisa sin ganas.

–Lo que sigo sin entender es qué tipo de accidente pudo tener para ir a caer al agua y quedar tan desfigurada...

–Ni me lo recuerdes, por favor –rogó Elisa con unas lágrimas poco impostadas.

–Perdona, cariño, no quería ponerte triste. ¿Te sigue doliendo? –preguntó al ver su gesto de sufrimiento.

–No te preocupes, cuando llegemos a casa me tomaré un analgésico y se me pasará.

–Tú aún no estás bien. Maldita la hora en que decidiste participar en esa

redada.

–Cariño, era mi deber –repitió aburrida como cada vez que llegaban a esa parte de la discusión.

–Pues haberos quedado fuera Cavallero y tú dirigiendo la operación, pero no, los dos os veis como superhéroes o algo así y tuvisteis que meteros de cabeza en el lío y ahora, ya ves, a ti casi te matan, tu colega tiene todavía para un mes más de hospital y esos pobres policías que murieron... La verdad, no entiendo tus prisas por reincorporarte tan pronto al trabajo. Tú ya has cumplido y a base de bien, que sean otros los que se muevan, para variar.

–Ay, cariño, me encanta cuando te preocupas tanto por mí –replicó en tonillo travieso dándole un beso en la mejilla–. Cavallero y yo vamos a incorporarnos a un nuevo programa y es imprescindible que vuelva al trabajo cuanto antes para ponerme manos a la obra.

–Dichoso programa –protestó–, no haces más que mencionarlo a todas horas y aún no sé de qué va.

–Oh, es más bien de tipo preventivo. Ya sabes, evitar las condiciones del delito y todo eso –explicó Elisa.

Al día siguiente debía reunirse con Víctor Chinarro e ir aclarando sus funciones como nueva integrante del grupo NM. En principio, su propia ciudad quedaría como centro de operaciones y ella seguiría dedicándose a sus labores policiales, pero, un día u otro, la alarma se dispararía y habría que investigar nuevos casos de esos seres al otro lado de la vida.

–Oye, cariño –dijo–, necesitaremos a alguien para los críos, ¿qué tal si se lo vas diciendo a tu madre?

–Ni hablar, yo no le digo nada, que después se pasa una semana enfurruñada conmigo –protestó su marido–. Mejor díselo tú.

–Pues sí que... –masculló Elisa. Le atemorizaba más esa conversación que sus nuevas tareas.